



HAL
open science

Numancia resucitada, los orígenes de Zamora en el siglo XIII

Charles Garcia

► **To cite this version:**

Charles Garcia. Numancia resucitada, los orígenes de Zamora en el siglo XIII. Arsenio Dacosta; José Manuel Pedrosa; Isabel de Barros Dias. Relatos de criação, de fundação e de instalação: história, mitos e poéticas, IELT – Universidade Nova de Lisboa, pp.83-110, 2017, 978-989-99761-4-6. halshs-02409581

HAL Id: halshs-02409581

<https://shs.hal.science/halshs-02409581>

Submitted on 13 Dec 2019

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

reinados desde Alfonso VII hasta Fernando III, me remito al trabajo “Ávila del rey y de los caballeros”, pp. 181-185.

61 CPA, ed. Hernández Segura, p. 25 (CPA ed. Abeledo, pp. 25-26).

62 LÓPEZ VALERO, “Las expresiones del ideal caballeresco en la *Crónica de la Población de Ávila*”, *op. cit.*; ABELEDO, “La *crónica de la población de Ávila*: un estado actual de la cuestión”, p. 34. Francisco Rico ya había sugerido la existencia de un cantar de gesta relacionado con el personaje de Zurraquín y cómo se habría gestado a modo de reacción castellana frente a las tradiciones épicas francesas, RICO, “Çorraquín Sancho, Roldán y Oliveros”, pp. 551-552; MENEGHETTI, “Almanzor, Çorraquín Sancho e i primi passi dell’epica castigliana”, *op. cit.*

63 Y, de hecho, probablemente existió una composición de este tipo con él de protagonista, *vid.* referencias en nota anterior y en SALVADOR MIGUEL, *Ávila en la literatura medieval española*, *op. cit.*

64 El caudillo moro talaverano rapta a la esposa del caballero abulense Nalvillos. Este emprende acciones para rescatarla, desconociendo de que la mujer acabaría siendo seducida por su captor. Con astucia —se disfraza de vendedor de hierba— consiguió entrar en el palacio moro. Pero su mujer, ya desafecta del abulense, le delata y es apresado. Sus compañeros consiguieron rescatarlo más tarde. Nalvillos logró matar luego al caudillo moro y pudo finalmente ordenar quemar a su esposa por su infidelidad y traición, CPA, ed. Hernández Segura, pp. 27-29 (CPA ed. Abeledo, pp. 36-37).

65 Temática caballeresca destacada especialmente en LÓPEZ VALERO, “Las expresiones del ideal caballeresco en la *Crónica de la Población de Ávila*”, *op. cit.*

66 Lo comentamos en “Ávila del rey y de los caballeros”, pp. 184, 191. Véanse ahí algunas referencias bibliográficas.

67 *Vid. supra.*

68 *Epílogo*, p. 23. También en esto sigue el texto de la *Crónica de la Población*.

69 *Ibid.* Muestra en esto Ayora el conocimiento de fuentes cronísticas castellanas.

70 *Epílogo*, p. 24.

71 *Epílogo*, pp. 24-25. Menciona la toma de Talavera, pero despreciando la historia de amor de Nalvillos: “y assimismo los de Auila tomaron a Talauera por industria de un esforzado cauallero su natural, hombre muy subtil de guerra, llamado Enaluiellos, donde juntos ganaron la villa [antes ha mencionado a otro caballero de Ávila, Fortún Fortúnez], y él ouo venganza de su muger, y del señor de Talauera, que la hauia leuado captiua y la tenia por manceba; y porque la manera de aquel hecho se cuenta tan excessiuamente que parece mas fábula que hystoria, no lo diré aquí particularmente, y aun porque en algunas escripturas desta ciudad se halla; pero basta haber dicho lo principal, que fue los de Auila con el dicho Enaluiellos haber ganado Talauera”. En definitiva, Ayora, *nolens volens*, ha terminado por contar lo esencial de la historia de la mujer de Nalvillos y con su escueta noticia demuestra que todavía la tradición de la *Crónica de la Población* no se había alterado, es decir, que aún no aparece la historia de la mora Aja Galiana y la nueva argumentación sobre el episodio que ofrecerá la *Segunda*

Leyenda, cfr. infra.

72 Incluye el *Epílogo*, después de citar la toma de Talavera, “aquella famosísima batalla que llaman de las Navas de Tolosa, que fue cerca del puerto Muladar”, donde junto a Sancho de Navarra estaban los de Ávila, “en aquel lugar, en compañía deste rey de Navarra, fue el concejo de Auila”, *Epílogo*, p. 27. Ahora sigue para estas guerras del siglo XIII a Jiménez de Rada, al que cita expresamente, de modo que se aparta ya con estas otras referencias de las informaciones de la *Crónica de la Población*. Y a partir de ahí abandona ya aún más rotundamente este texto abulense y, casi sin solución de continuidad, Ahora salta a períodos bajomedievales y de su tiempo con el objeto de trazar las genealogías y corografía de Ávila con información y consideraciones propias de su época. Lógicamente, esta parte del *Epílogo* (pp. 28-47) se aleja totalmente de nuestro propósito. *Vid. supra* sobre esta crónica el trabajo de Félix FERRER citado en nota 7; asimismo LUIS LÓPEZ, Carmelo. “La imagen de Ávila en la Edad Moderna”, pp. 76-81.

73 No olvidemos que la *Segunda Leyenda* llega apenas hasta 1109 en el relato sistemático de la trama, aunque se permite, a modo de la adelanto argumental, entrar en acontecimientos ocurridos con posterioridad, que se presentan en la *Segunda* como preludeo o avance de su continuación en la supuesta *Tercera Leyenda*. *Vid. supra* sobre esta desconocida obra que sería continuación de la *Segunda Leyenda*.

74 Por eso, el episodio de las Hervencias, que transcurre ya después de Alfonso VI, ligado a los problemas sucesorios en tiempos de Urraca, figura en la *Segunda Leyenda* —es cierto que no en todos los manuscritos, pero sí en el editado en las Fuentes Históricas Abulenses— como un añadido al final de la misma y sin haber jugado el relevante papel que desempeñaba en la crónica del siglo XIII. Y lo mismo ocurre con las hazañas de Zurraquín o Nalvillos, que no encajarían técnicamente en la cronología impuesta por la *Segunda Leyenda*. *Vid. infra*. Esta obra se ve obligada a concentrar en el reinado de Alfonso VI nada menos que las hazañas, o gran parte de ellas, de dos generaciones, la de los nobles repobladores y la de sus hijos.

75 *SL*, títs. 37, 38, 39, 40. Los principales escenarios de la persecución tienen lugar en la zona de Burgothondo. Los “Siete” y sus hombres fueron agasajados al entrar en Ávila por el Conde Raimundo de Borgoña y el obispo, *Ibid.*, tít. 41. Ya en Ávila el Conde hizo repartimiento de los moros cautivos entre los participantes en la campaña, destacando entre los beneficiarios los propios protagonistas e incluso el obispo, a quien se le otorgaron 20 moros para trabajar en las obras de la catedral, *Ibid.*, tít. 42. Estas referencias a los moros de Ávila asociados a la construcción, que también se ha visto en algún otro pasaje de la *Segunda Leyenda* (*cfr.* nota 49), se corresponde bien con la propia historia de la comunidad mudéjar abulense, entre cuyas actividades la albañilería ocupaba un lugar reconocido. *Vid.* los trabajos de DE TAPIA, Serafín. “Los mudéjares de la Extremadura castellano-leonesa. Notas sobre una minoría dócil (1085-1502)”, *Studia Historica. Historia Medieval*, 7, 1989, pp. 95-126; *Id.*, *La comunidad morisca de Ávila*. Salamanca: Universidad, 1991.

76 *SL.*, títs. 43, 45 a 50. El ajusticiamiento del traidor Sancho del Carpio, el mal gobernador de Talavera, tras ser apresado, fue ordenada por Jimeno Blázquez. La decapitación es descrita con rigor y solemnidad, especificándose que le fue *tajada* la cabeza montado en un caballo, y despiezado su cuerpo, *Ibid.*, tít. 51.

77 Al igual que las ceremonias de *armar caballeros*, que a veces se hacen coincidir con las mismas bodas, *vid. supra*.

78 *SL*, títs. 72, 73. En las *paces* que acabaron con los conflictos de 1097 (*vid. supra*) se acuerdan, bajo la aquiescencia del obispo, las cuatro bodas en las que enlazaron los hijos e hijas de Jimeno Blázquez, de Alvar Álvarez y de Sancho Sánchez Zurraquines, estrechándose aún más el cerrado círculo de parientes que conforma la trama familiar de los “Siete”. En los siguientes títulos se conciertan otras bodas –en 1100– de descendientes de estos nobles pobladores con otros personajes relevantes: familia de Menga Muñoz, esposa de Jimeno Blázquez, que enlaza con otros descendientes de los “Siete”; o boda de la hija de un yerno del héroe zamorano Arias Gonzalo con un hijo de Jimeno Blázquez; o descendencia de Fernán López de Asturias, entre otras, *SL*, títs. 85, 86, 89, 90, 91, 93, 94. En el cuadro genealógico pueden verse los emparejamientos de los vástagos de los “Siete”.

79 Donde hallamos, por ejemplo, el patrón de continuidad familiar en la ocupación de oficios públicos, rasgo típicamente patricio: por ejemplo, Martín Martínez sucede a su padre Juan Martínez del Abrojo en el oficio de dirigir las *compañías* de caballeros, *SL*, tít. 83. Esta idea de patrimonialización de los oficios se aplicará también a otros personajes de mayor relevancia en la narración, como el propio Nalvillos Blázquez, que estaba destinado a heredar el puesto de gobernador principal de Ávila que detentaba su padre y que era algo decidido por el propio Alfonso VI, *Ibid.*

80 Frente a la *Crónica de la Población*, la *Segunda Leyenda* reestructura, amplía la historia y la ubica hacia 1100. Ahora la mujer fatal –valga la expresión– es llamada Aja Galiana, de quien se habría enamorado Nalvillos con gran disgusto de sus padres. Era una hermosa mora toledana criada en el palacio de la infanta doña Urraca, luego llegada de joven a Ávila, convertida al cristianismo y llamada Urraca. Se fuga con el caudillo talaverano Jezmín. Tanto la traición con Jezmín como las bodas y peripecias en el palacio moro están ampliamente tratadas en la *Segunda Leyenda*. Nalvillos acabará victorioso al igual que en la *Crónica de la Población*, pero el final para la mujer difiere del de esta fuente (*cf. supra*, nota 64): Aja Galiana no muere en la *Segunda Leyenda* rudamente quemada en una hoguera –la que sí murió así fue otra mujer musulmana–, sino de pena o por suicidio. Un final menos crudo, qué duda cabe, *SL*, títs. 36, 79-88, 92-95, 104-107, 117. No obstante, dado que las andanzas de Nalvillos se supone que continuarían más allá del lapso narrado en la *Segunda Leyenda*, quedaba en esta obra apuntada, pero aplazada, la descripción de la venganza completa de Nalvillos contra los enemigos.

81 *SL*, tít. 113.

82 *SL*, títs. 100 a 105. El episodio incluye la estrofa del *cantar de gesta*, “Cantan de Roldán, Cantan de Olivero...”, que también está en la *Crónica de la Población* (*cf. supra*, nota 61). De Zurraquín Sancho, aunque se siguen mencionando acciones en vida de Alfonso VI (*SL*, títs. 106, 107, 113, 114, 117), se anuncia que sus hazañas de gran guerrero continuarían narrándose en la *Tercera Leyenda* (*Ibid.*, tít. 119), dando a entender que su biografía continuaría siendo detallada más allá del período recogido en la *Segunda*.

83 *SL*, títs. 100-102, 106, 107-117. Se mencionan algunas campañas que en tierras de Cuenca, Ocaña y Uclés entre 1104 y 1106 –se dice– llevaron a cabo algunos de los “Siete” –Fortún Blázquez y Sancho Sánchez Zurraquines, que murió luchando en Cuenca–, pero también varios jóvenes, entre ellos Jimeno y Nalvillos, hijos de Jimeno Blázquez, así como el hijo de Alvar Álvarez, Rodrigo, y los dos hijos varones del alcaide Fernán López, además, por supuesto, del propio Zurraquín, todos ellos la nueva savia guerrera.

84 *Vid. supra*, nota 82.

85 CÁTEDRA, María. “La construcción simbólica de las ciudades y los sexos. Hombres y mujeres en la génesis de Ávila y Évora”, *Imaginario* (rev. electrónica), São Paulo, 7, 2001, pp. 241-272. Asimismo, CÁTEDRA, María, DE TAPIA, Serafín, “Imágenes mitológicas e históricas del tiempo y del espacio: las murallas de Ávila”, *op. cit.*, pp. 162-163.

86 Hay alguna vacilación en la obra a propósito del parentesco, ya que aparece como hija o hermana, *SL*, tít. 2, 65, 72.

87 El episodio de Jimena Blázquez en *SL*, tít. 106-110, 114-115. Estos últimos sobre el conocimiento de los hechos y el regreso a Ávila de Fernán López, marido de Jimena. Se narra también la celebración subsiguiente, incluyendo una “fiesta de los sombreros”, que en homenaje a los hechos se instituyó desde entonces, y que además, primero como motivo heráldico y luego como apellido, los descendientes de Fernán López portaron desde entonces.

88 Los últimos capítulos expresamente van mostrando la voluntad de dar por terminada la obra, el relato correspondiente a la *Segunda Leyenda*. El texto se ocupa de dejar encarriladas las biografías y destinos de algunos personajes claves: Nalvillos Blázquez sería nombrado, por voluntad de la –ahora ya– reina doña Urraca, gobernador de Ávila, como lo fue su padre (*SL*, tít. 113); precisamente Nalvillos, que siguió acechando con otros compañeros tierras musulmanas, acabaría con la vida del moro Jezmín, aunque los detalles se relegan al relato futuro (tít. 117); se anunciaban también para la *Tercera Leyenda* –que no sabemos si llegó a escribirse– las cabalgadas de Nalvillos, Zurraquín y otros en Sierra Morena y Vilches (¿se quiere evocar la presencia de los abulenses en la batalla de Las Navas de Tolosa de 1212?); se adelantaba también como contenido de esa obra las futuras muertes de Fernán López y su esposa Jimena, así como la de Menga Muñoz y la de otros miembros de la primera generación de pobladores, además de señalar también que se narraría con detalle la muerte del propio Nalvillos y las magníficas honras fúnebres que se le rendirían (tít. 119). Pero también se incluyen en estos pasajes finales de la *Segunda Leyenda* referencias a las luchas civiles que hubo en el reinado de Urraca, las conspiraciones de Alfonso I el Batallador contra castellanos y leoneses, o la añoranza de la reina Urraca de su primer marido Raimundo (tít. 118, 119).

89 *Vid. nota anterior*. Como añadido al *traslado del original* de esta *Segunda Leyenda* (en 1315, se dice, “era” de 1353) se incluyen otros materiales. Esta parte final del manuscrito es compleja. Sin entrar en detalles, digamos que se incluyen episodios inmediatamente posteriores (*Segunda Leyenda*, pp. 205-215), como el de Las Hervencias y el *riepto* de Blasco Jimeno al rey de Aragón (*vid. supra*, notas 33 a 36). Aunque la narración de estos hechos no difiere del núcleo esencial de la *Crónica de la Población*, hay previsible matices en cuyos detalles no podemos entrar ahora: además de hacer intervenir a los protagonistas de la *Segunda Leyenda*, los diálogos con el rey de Aragón son más prolijos, los rehenes cuyas cabezas ordenó hervir Alfonso el Batallador eran de caballeros y nobles de Ávila e incluso el *riepto* de Blasco Jimeno, que aquí es el hermano de Nalvillos, es objeto al final de la obra de una tecnicista disquisición jurídica. En ella, cerrando ya la *Segunda Leyenda*, el reto de Blasco Jimeno era sometido a un arbitraje internacional para determinar su legalidad, lo que deriva en la cuestión sobre si el propio rey Alfonso el Batallador era el verdadero rey de Castilla, y que acaba en una especie de deslegitimación judicial de este, comparado además por su crueldad en las Hervencias con el mismísimo Nerón. ¡Nerón!, nada menos. Quintaesencia alegórica, como es sabido, de los peores tiranos del mundo, según el típico cliché que el siglo XVI atribuía al malvado emperador romano.

NUMANCIA RESUCITADA: LOS ORÍGENES Y LA FUNDACIÓN DE ZAMORA EN EL SIGLO XIII

Charles Garcia
Université de Poitiers / CESCO

RESUMEN

La identificación de Zamora con Numancia se produjo a raíz de la conquista de la primera por Alfonso III en el siglo IX. La leyenda sobre los orígenes míticos de la urbe duriense siguió su cauce hasta que fue de nuevo recuperada por el franciscano Juan Gil a finales del siglo XIII. Para el fraile menor, el valor heroico de los zamoranos, proyectado hacia el pasado numantino, era una estrategia retórica destinada a reforzar la construcción de la identidad del presente. Para el autor, el viejo modelo resultaba operativo porque negaba el transcurso del tiempo, y porque su capacidad de volverse a actualizar ante nuevas circunstancias se ajustaba perfectamente a las necesidades de afirmación de un proto-“nacionalismo” emergente.

PALABRAS CLAVE

Edad Media, Zamora, Numancia, ciudad medieval, orígenes, leyendas, mitos.

RESUMO

A identificação de Zamora com Numância teve lugar aquando da reconquista da primeira por Afonso III no século IX. A lenda sobre as origens míticas da urbe duriense seguiu a sua via até que foi novamente recuperada pelo franciscano Juan Gil em finais do século XIII.

Para este frade menor, o valor heroico dos Zamoranos, projetado no passado de Numância, era uma estratégia retórica destinada a reforçar a construção da identidade do presente. Para o autor, o velho modelo revelava-se operacional na medida em que negava o decurso do tempo e porque a sua capacidade para se reatualizar mediante novas circunstâncias ajustava-se na perfeição às necessidades de afirmação de um proto-“nacionalismo” emergente.

PALAVRAS-CHAVE

Idade Média, Zamora, Numância, cidade medieval, origens, lendas, mitos.

ABSTRACT

The identification of Zamora with Numantia took place after the conquest of the former by king Alfonso III in the 9th century. The legend about the mythical origins of the city of the Douro was recovered by the Franciscan Juan Gil at the end of the 13th century. According to the friar, the heroic value of the inhabitants of Zamora, projected towards the past history of Numantia, was a rhetorical strategy intended to reinforce the construction of a current identity. According to the author, the old model worked well, only because it denied the passage of time, and its capacity to adapt when confronting new circumstances was well suited to the needs of affirmation of an emerging proto-“nationalism”.

KEYWORDS

Middle Ages, Zamora, Numantia, medieval city, origins, legends, myths.

El siglo XVI fue una época de renovación compleja en la que coincidieron corrientes ideológicas de diferente alcance: político, cultural, tecnológico... Una de esas corrientes es el Renacimiento, un fenómeno cultural en el que prima la reivindicación de la Antigüedad clásica. Otro de los importantes procesos de la centuria, iniciado en España por los Reyes Católicos, es el de la plasmación del llamado “Estado moderno”. En apenas unas décadas, la pareja monárquica asentó en la Península las bases de lo que poco después se llamaría el “Imperio español”.

Los elementos que sustentaban el nuevo andamiaje son muy bien conocidos: una nueva burocracia, impulsada por el poder monárquico, unos nuevos intentos por definir la identidad política de la nueva colectividad bajo la sombra de la cultura humanística dominante y, por fin, la amplia difusión de las ideas del catolicismo alentadas por la imprenta de reciente creación. La acumulación de las herencias territoriales que se depositaron, por así decir casualmente, en la persona del joven Carlos, hijo de Juana la Loca, fueron las condiciones que se tornaron favorables para que España encarnara el primero de los imperios modernos.

En el escenario bélico de la Europa del siglo XVI, no bastaba con disponer de los ejércitos más numerosos y mejor preparados para dominar a los enemigos. Se precisaba algo más, como una especie de un resorte social más profundo, como interiorizado y aglutinante. En el complicado panorama político europeo, la monarquía hispánica se vio obligada a proyectar una imagen cargada de tintes guerreros que mirara a la vez hacia el pasado y hacia el futuro.

En este ambiente singular, allá por los años ochenta del siglo XVI, se representó en la península una obra de teatro muy acorde con la época: la *Numancia*, de Miguel de Cervantes. En esta obra el público

contemplaba la imagen de una España derrotada y humillada por unas tropas extranjeras.¹ En ella, y a pesar de su celebrado coraje y afamada resistencia, los celtíberos, que estaban divididos en distintas tribus, habían sido derrotados por los romanos. La clave de la derrota trágica y la moraleja que encerraba el mensaje cervantino era el siguiente: el fracaso se debía a la división; solo la unión previa y duradera de todos los españoles, o por lo menos castellanos, hubiese podido lograr el triunfo.

A través del ejemplo cervantino, se puede notar que la memoria de la defensa y la derrota de Numancia era algo muy vivo en la mente de los habitantes de la Península durante los reinados de los primeros Austrias, a pesar de la sucesión de los siglos. Se seguía viviendo con fervor la epopeya numantina en el siglo XVI porque la guerra celtibérica había dejado inicialmente una fuerte impronta en la Roma republicana después de la contienda y de la destrucción de la ciudad, acaecida en el 133 a.C. En la Antigüedad, las operaciones bélicas contra los numantinos fueron planeadas por el famoso general Escipión Emiliano, cuyas hazañas nos son muy conocidas por la obra del historiador griego Polibio, el cual participó junto a aquel en el conflicto.²

Todas estas historias, y otras muchas más, fueron recogidas en su día por Cesáreo Fernández Duro, a finales del siglo XIX.³ El insigne historiador de la ciudad de Zamora cita, en la introducción de su obra, el elenco de los historiadores que habían reivindicado la identificación de Zamora con Numancia, frente a quienes la habían negado.⁴ Entre los primeros, y encabezando el primer renglón, el historiador-marino pone de relieve la figura de Juan Gil de Zamora, un fraile franciscano del siglo XIII que dedicó buena parte de su polifacética labor a investigar sobre Zamora y a defender la correspon-

dencia de esta con la antigua Numancia en su libro: *De preconiis Hispanie*.

La asociación de Zamora con Numancia debe ser entendida en la interrelación existente entre el viejo modelo sacado de la Antigüedad con la situación político-social de la Edad Media por estar ambas basadas en la imagen subyacente del valor de los pueblos de las dos ciudades, que aunque históricamente no coincidían sí compartían el mismo marco geográfico. En las dos poblaciones la misma “raza” se había mantenido sin haber sido alterada por los siglos. Para el fraile menor, el valor heroico de los zamoranos, proyectado hacia el pasado numantino, no era sino una estrategia retórica, o ideológica si se prefiere, para reforzar la construcción de la identidad del presente, concretamente la de una ciudad castellana en la segunda mitad del siglo XIII. Para el autor, y antes de que el mismo tema se volviese a repetir una y otra vez,⁵ el viejo modelo resultaba operativo porque negaba el transcurso del tiempo, y porque su capacidad de volverse a actualizar ante nuevas circunstancias se ajustaba perfectamente a las necesidades de afirmación de un proto-“nacionalismo” emergente.

1. LA FUNDACIÓN LEGENDARIA DE LA CIUDAD Y LA ESTRUCTURA DEL MITO

En el año 1282, Juan Gil de Zamora escribió un opúsculo que dedicó al que por entonces solo era infante y rebelde, el futuro rey Sancho IV. El príncipe, respaldado por la nobleza y por la Iglesia, se había sublevado contra su padre Alfonso X para ser reconocido como heredero legítimo de la corona. La ambición de Sancho abrió una guerra civil en Castilla, y se puede suponer que el enfrentamiento no era del agrado de Juan Gil, antiguo colaborador del padre,

su “señor legítimo”, y preceptor del hijo. Egidio barruntaba las desgracias venideras para España, y por ello no duda en fustigar en su librito a los nobles levantiscos y demás ambiciosos.⁶ Aunque Sancho nunca sea citado directamente como promotor de disturbios, no podemos descartar que el infante no se sintiese aludido por los “castigos” ejemplarizantes del franciscano, pero empecemos con la narración de la leyenda fundacional de la urbe “duriense”.

De acuerdo con varias tradiciones añejas,⁷ el fraile mendicante recuerda al lector que Zamora, que antiguamente se llamó Numancia, fue fundada por Numa Pompilio, el sucesor de Rómulo.⁸ Posteriormente, en el año 620 de la fundación de Roma –133 a.C.– y tras la ruptura de los pactos con los celtíberos, Escipión el Africano atacó Numancia, que venía resistiendo a los romanos desde hacía catorce años. El cónsul cercó la ciudad y esperó que las privaciones del hambre forzasen el destino en favor suyo. Tras un largo asedio sumamente penoso, los numantinos ofrecieron rendirse ante el general de las legiones romanas, el cual les impuso unas condiciones tan severas que se vieron obligados a romper las negociaciones. Al poco tiempo, los pobladores del “oppidum”, acuciados por el hambre, resolvieron morir heroicamente suicidándose y prendiendo fuego a la fortaleza para no verse forzados a presenciar el triunfo de los romanos, privando con ello a los legionarios de una celebración exitosa. Pero, mientras los hispanos se disponían a rendirse: “nació en Roma un niño con cuatro pies, cuatro manos, cuatro ojos, otras tantas orejas y doble sexo masculino”.⁹

La ciudad, una vez restaurada, volvió a ser de nuevo asediada por otro general romano: Pompeyo. Pero, porque llevaban el valor bélico en la sangre, los numantinos resistieron el ataque una vez más y aguantaron el cerco con gallardía. Presagiando que la vieja

tragedia se iba a repetir, la hija del cónsul romano, que se llamaba Zara, arrebatada por un profundo afecto para con los guerreros sitiados, se acercó a dialogar con los numantinos, sin olvidarse de pedir el previo permiso paterno. Zara entró en la fortaleza, habló con los escasos habitantes que todavía quedaban y les convenció que hiciesen las paces con su padre. A cambio de salir salvos y libres, los pobladores aceptarían que se cambiase el nombre de la ciudad que en adelante, para honrar al cónsul de Roma triunfador y a su benévola hija, tomaría el nombre de: “Zamora”, una palabra compuesta por los nombres de “Zara” y “Roma”, vocablo este último que cambiando las sílabas se transforma en: “mora”. Después de haber demostrado y argumentado cual era el auténtico nombre de la ciudad, Juan Gil pasa a rebatir las elucubraciones de algunos autores “famosos” que defendían la idea según la cual el famoso topónimo procedía de la interjección “iça!” hecha por un plebeyo y dirigida a una pobre vaca de color negro, o sea “mora”.¹⁰ Para el fraile mendicante, no se podía consentir que tan excelsa ciudad, su patria chica, tuviese un topónimo tan ruin y malintencionado. La respuesta que hacía a los cronistas que mantenían el error merecía ser proclamada y dada a conocer públicamente.

Los clérigos de la Edad Media, que conocían más o menos bien los diálogos del *Crátilo* de Platón, pensaban que en cada palabra estaba encerrada la esencia de la cosa, sus calidades y su forma. Puesto que el vocablo delataba el contenido, los estudios que dedicaban a las ciudades solían partir de la etimología de la palabra. Para aquellos eruditos tan versados en latín, como Juan Gil, la palabra “Numancia” remitía a toda una serie de ideas-imágenes. Designaba a la vez un ámbito natural, a la gente que lo habitaba, a sus costumbres y a algunos elementos definitorios: el río Duero y el espesor de las mu-

rallas. Casualmente, de esas ideas-imágenes se desprendían unos conceptos espaciales y humanos similares a los que tenía Zamora y ello fue la causa de que se hiciera la asociación entre ambas urbes, de forma casi natural, como sin pensarlo, pues así era como funcionaba la tradición erudita. Después de la denominación, el elemento que dominaba en la idea-imagen era el recinto amurallado y, a partir de este, soporte y escenario de la existencia y de las circunstancias humanas, se pasaba mentalmente al colectivo que dentro de él vivía, el cual se caracterizaba, de forma obligada, por su celeberrimo valor, una virtud que a la postre se comunicaría por herencia biológica a los moradores venideros. Zamora se había ennoblecido con el origen ilustre y épico de Numancia, era pues digna de reverencia hasta el punto de que esta concepción arraigó con fuerza en el imaginario social, tanto en los círculos letrados como entre el pueblo.

El relato de la fundación de la ciudad de Zamora es híbrido porque remite a dos categorías: la primera tiene que ver con el mito de fundación, y, la segunda, está relacionada con los mitos de individuación, llamados comúnmente “identitarios”. A modo de mito de fundación aplicado a una comunidad, el objetivo del relato de Juan Gil consiste en explicar el porqué del nombre de un lugar, su concreción, su evolución histórica y los valores que lo gobiernan. Estos elementos guardan estrecha relación con los mitos sobre la identidad y forman la base de la sustancia de lo mítico infundida en el discurso épico egidiano. Ambas categorías de mitos se caracterizan por evidenciar la acción de un héroe, generalmente epónimo, al que se le ha asignado una misión determinada, por Dios o por la Providencia, y que la cumple en un territorio que luego sirve de matriz a la historia de la comunidad. Con ello, tenemos de nuevo reunidos

en la narración los elementos antropológicos genéricos de cualquier identidad, individual o colectiva: el espacio y el tiempo.

En los mitos sobre la identidad, y el de Zamora es uno de ellos porque lleva un nombre de persona –patronímico– según nos cuenta Juan Gil, el protagonista principal es el héroe. Este suele ser un individuo emplazado al nacer para cumplir la misión que siente para sí que se le ha impuesto. Generalmente el héroe debe salir vencedor de una serie de pruebas en las que, a menudo, encuentra a su esposa. La leyenda, aplicada a un caso concreto como el de Zamora, se crea para explicar el estatuto político, el marco legal o la estructura social que individualiza la existencia de una comunidad frente a las demás.

Ahora sabemos que Zamora es Numancia y que esta se identifica mecánicamente con Numa Pompilio, el segundo rey de Roma. Por oposición al primer monarca –Rómulo–, cuando Numa subió al trono de Roma ya era un hombre de edad madura, moderado, pacífico; era considerado por los romanos como un eminente jurista vinculado al *Dius Fidius*, una de las múltiples manifestaciones romanas de Júpiter. Este rey “sabio, creó y entregó las instituciones, es decir las leyes, a la urbe de Roma recién fundada. En este sentido, Numa Pompilio fue el segundo rey de la ciudad del Tíber, de la misma forma que Zamora-Numancia fue por *similitudo*, en cuanto a antigüedad se refiere, la segunda Roma.¹¹ Así pues, siguiendo con el juego etimológico tan apreciado por los hombres de la Edad Media, resultaba fácil pasar de Numa Pompilio a Pompeyo, como de forma natural.

La fundación de Zamora concuerda con el imaginario político de los orígenes de Roma. Aunque el relato de Juan Gil no tenga los tintes mesiánicos y escatológicos de muchas de las narraciones de

la baja Edad Media, en él despunta la imagen o mito del “retorno del rey”, o del paraíso perdido, asociado con el orden; se trata de un ejemplo más del tan traído y llevado tema de la recuperación de la Edad de Oro. Este tipo de nostalgias suele producirse en tiempos de caos, de violencia, de *malfeetrías* nobiliarias y desórdenes, y ese era precisamente el ambiente de guerra civil que se estaba viviendo en Castilla cuando el franciscano redactó su pequeña obra. Para el fraile, se volvía apremiante restaurar la “realeza espiritual”, aquella que no había sufrido corrupción alguna, para imponer orden en un reino que estaba descomponiéndose por los efectos de la anarquía y de la violencia que habían impuesto los ambiciosos. No debemos olvidar que una de las principales reacciones para acabar con el desorden que imperaba en Castilla a finales del siglo XIII consistió en crear las “hermandades” de los concejos del reino, que posteriormente se convertirían en “hermandad general”, con la ayuda muy activa de los zamoranos.

Con las alabanzas que dirige a Zamora, Juan Gil imita, como autor eminente, a sus ilustres modelos, a la vez que antepasados, que para Roma fueron Catón y Cicerón. Éstos se comprometieron contra la anarquía porque sabían que siempre acaba en tiranía. Juan Gil tiene el ejemplo de los romanos en la mente cuando explica en su libro más conocido, *De preconiis Hispanie*,¹² lo que para él debe ser un buen príncipe, un libro del que el elogio que se hace a Zamora no es sino un capítulo. En la historia que nos cuenta el escritor zamorano intervienen una serie de personajes cuya actuación funciona de forma triangular. En ella, el territorio en el que se ubica la ciudad suele estar asociado con una heroína femenina: se trata del viejo y conocido símbolo de fecundidad relacionado con las diosas-madre. Sin embargo, esta característica tan genérica de

los mitos está ausente del relato egidiano, por lo menos de forma directa. La segunda figura de la estructura mítica es la del padre, un protagonista identificado casi siempre con un dios masculino, que es el que entrega a la ciudad las tablas de la ley y el que determina el orden jurídico que debe gobernar la comunidad: en el caso de Zamora resulta claro que este personaje sería el ancestro Numa Pompilio. En la siguiente pauta cronológica, el hijo o sucesor del ancestro, generalmente un personaje identificado con un héroe, tiene como misión acometer los deseos paternos de origen trascendente, lo cual significa que se le niega la posibilidad de luchar contra el destino que se le ha señalado de antemano. En el caso zamorano-numantino el héroe es Pompeyo, el heredero simbólico de Numa Pompilio —o incluso de Numitor—,¹³ mientras que la presencia de Zara en la leyenda es como un remedo que se utiliza para suplir la ausencia de la primigenia y ausente heroína femenina. Cabe pensar que si la leyenda egidiana no se ajusta en todos los detalles al esquema genérico de los arquetipos de fundación se debe probablemente a que en la historia nos encontramos con elementos tanto profanos como populares, es decir que no procedían exclusivamente de los círculos cultos. De cualquier forma, y aunque no encaje en todos los pormenores genéricos, la leyenda de Numancia-Zamora no deja de ser una copia adulterada y amañada de la leyenda modélica de la fundación de Roma. Para el lector, ello significaba que al conferir a Zamora la grandeza de Roma se la hacía partícipe de las cualidades que había tenido en el pasado la capital imperial: Zamora, nueva Roma, o la ambición del famoso tema medieval de la *traslatio imperio*.

Como ciudad, Numancia-Zamora se definía por su carácter providencialista no exento de cierto determinismo. Su destino había

sido grande en la Antigüedad y debía mantenerlo en el presente. Sus fundadores eran superiores a los demás por el valor guerrero, y porque habían otorgado leyes justas al pueblo. El valor físico, combinado con la sabiduría jurídica, era la virtud que distinguía a los zamoranos de los demás. Dicho de otro modo, mediante la leyenda de fundación, Juan Gil difunde lo que según él era el arte de “bien gobernar” o gobernar “rectamente” como lo había escrito Isidoro de Sevilla. El propósito ideológico de la redacción no dejaba lugar a dudas.

2. LA TRADICIÓN MANUSCRITA Y LAS LAUDES DIRIGIDAS A LA URBE

Durante el proceso medieval del avance cristiano, Zamora fue oficialmente “poblada” por Alfonso III de Oviedo, en torno a los años 893-894.¹⁴ En el castro recién poblado, el monarca astur fundó un nuevo obispado, el día de Pentecostés de 900, cuya cátedra fue entregada a Atilano, el primer obispo titular de la sede.¹⁵ Por aquellas mismas fechas, a finales del siglo IX, es cuando aparecen las primeras citas que identifican a Zamora con Numancia, los textos que se nos han conservado emplean uno u otro topónimo de forma indiferenciada para referirse a la capital del Duero a lo largo de los siglos X y XI. Esta, aparentemente, “curiosa”¹⁶ asociación, que surge por vez primera en la crónica de Alfonso III,¹⁷ ha generado un amplio debate historiográfico y un sinnúmero de respuestas de todo género por parte de los estudiosos del tema. Repitiendo lo que dijera en su tiempo el padre Flórez,¹⁸ en muy poca estima se suele tener a los cronistas y demás clérigos medievales para pensar, como todavía se sigue haciendo, que pudieron confundir las ciudades o ignorar las antiguas referencias topográficas de la geografía peninsular. Sobre

decir que los “intelectuales” de la Edad Media no pensaban como nosotros. Debemos admitir este postulado si queremos progresar, y por ello es necesario que desterremos la crítica positivista de la documentación tan caída de capa desde hace ya varias décadas.

En la alta Edad Media no hubo “Reconquista” tal y como comúnmente se sigue creyendo,¹⁹ puesto que el principal objetivo de los monarcas astur-leoneses, si bien admitía y conllevaba el ensanchamiento territorial del reino, fue el de la “restauración”²⁰ del orden antiguo, es decir el visigodo, que a su vez entrañaba tanto la restauración de la organización eclesiástica como la libertad del pueblo cristiano. Puesto que el propósito de las elites era “restaurar”, para el caso de Zamora se impuso la idea de buscar una ciudad antigua desaparecida que sería identificada con la reciente creación. Para que la operación fuese viable, la nueva ciudad debía ostentar la pátina que pudiera darle otra definitivamente abandonada, que no olvidada. Los diseñadores de ideología de la corte ovetense pensaron entonces que la semblanza y el recuerdo de la antigua Numancia, una fortaleza casi inexpugnable ubicada cerca del Duero, era lo que más se parecía a Zamora, y dado que entonces no había reclamaciones en torno a las marcas registradas, adoptaron, según el conocido proceso de la *similitudo*, el nombre de Numancia. Para la Edad Media, el caso de permutación del nombre de Zamora no es ningún fenómeno aislado: el Tudense, y las crónicas que lo copiaron en el siglo XIII recuerdan la nómina de las ciudades de Hispania que cambiaron de nombre. Para muchos, Toledo era la antigua Colenda, la moderna Cuéllar, y para otros, Ciudad Rodrigo fue identificada, en pleno siglo XII, con una ciudad desaparecida de origen romano que había contado con sede episcopal: Calibria, pues no podía ser menos para una nueva cabeza diocesana.²¹ A pesar de lo que dice

el falsificador obispo y cronista Pelayo de Oviedo, era sabido que la antigua Numancia no había tenido obispos, pero su rancia y heroica historia suplía con creces el fallo de cara a los designios que los reyes de Oviedo querían asignar a la nueva fundación, guerrera²² y evangelizadora, clave de la defensa del reino en el sector del Duero medio.

Acorde en muchos aspectos con la vieja tradición isidoriana, el siglo XIII cultivó profusamente el género llamado de las “laudes” o “preconia”.²³ Juan Gil de Zamora fue uno de los autores que más se interesó por el tema de las alabanzas, que tanto dirigió a Hispania²⁴ como a su “patria chica”: Zamora, la cual era la ciudad más hermosa y mejor dotada de la Península, es decir del mundo:

Con sus puentes y ríos, sus muros y plazas engalanada,
es preferida Zamora a las otras ciudades de España.

Ningún ejército puede privarla de la abundancia de agua, puesto que pozos sempiternos brotan de las rocas por casi toda la ciudad manando constantemente. Las montañas de Sayago y Aliste le suministran caza abundante; un valle excelso, un valle campestre, un valle regio, un valle dorado, un valle laborable la fecundan con su admirable feracidad. Está separada por dos jornadas de distancia del lugar donde se pescan lampreas y sollos. En dirección a Portugal la distancia desde el mar, desde Oporto, es de siete jornadas de una bestia de carga. En dirección a Asturias dista desde el mar, desde el puerto de Avilés, unas cinco o seis jornadas. Por esta razón en las épocas adecuadas tiene abundancia de pesca marina. Los ríos que la rodean le suministran pesca fluvial en gran cantidad. Tiene frutos con admirable fecundidad. Su vino guarda un término medio entre el grueso y el ligero, es abundante, excelente y conveniente para la salud.²⁵

En otro lugar,²⁶ ya hemos señalado que las *laudes civitatis* fueron un género poco cultivado en la España medieval, y anotado que Zamora fue una de las excepciones peninsulares. Dentro de los

límites que le impone el ejercicio retórico de la narración, Juan Gil enfatiza con excelso arte su ciudad natal, o mejor dicho la comunidad humana que en ella residía. Es sabido que en la Hispania alto y pleno-medieval, los reyes legitimaban su poder actuando como fundadores de ciudades. Eso ocurre por ejemplo con Alfonso III cuando restaura la urbe antaño fundada por Numa y luego por Pompeyo porque, en la cultura hispánica, las ciudades habían marcado los hitos a partir de los que se habían conquistado los territorios y restaurado el reino frente a los musulmanes enemigos de la fe. A finales del siglo XIII, y aunque las ciudades de la Meseta habían dejado de ser núcleos guerreros, sus habitantes sentían el deseo de seguir luchando a su modo y con sus fuerzas contra la anarquía que imperaba en Castilla prestando regularmente apoyo a la monarquía.

Dejando de lado los temas relacionados con la política general de los reinos hispánicos, es importante recordar que el siglo XIII fue una época de hondas transformaciones para Zamora y su entorno. En 1230 todavía seguía por ejemplo vigente la mentalidad y el orden antiguos. Ese mismo año, la milicia concejil de Zamora tomó una parte decisiva en la conquista de Mérida que llevó a cabo Alfonso IX, a la “antigua usanza”.²⁷ Sin embargo, apenas unas décadas después, el contexto peninsular había dado un vuelco determinante. Fernando III había conquistado Andalucía y, para los zamoranos, la frontera frente al Islam les parecía muy lejana y como a destiempo. Zamora ya no era aquel baluarte situado en la primera línea bélica, estaba pasando a ser el rincón olvidado de Castilla que más tarde cantaría el romancero sin que los contemporáneos se percatasen necesariamente de la decadencia en la que ya habían entrado. Lo cierto es que la urbe “duriense” había perdido protagonismo. Con la distancia del tiempo el motivo del decaimiento nos parece muy

claro, pese a que sus gentes viviesen su propio presente con entusiasmo. Para Zamora, el siglo XIII representa la época de mayor esplendor demográfico y artesano, durante aquella centuria la ciudad se había ampliado en torno a las nuevas pueblas y contaba con dieciséis parroquias.²⁸ El descenso se haría notar poco después y no hay que descartar que dicho fenómeno tenga que ver con la prosa del franciscano. De ser así las cosas, las loas y la leyenda pueden ser interpretadas como un intento, llevado a cabo por el fraile menor, para mantener el rango de una ciudad que estaba dejando de ser lo que antaño había representado. Creemos que la contextualización era necesaria para entender, desde un enfoque local, las motivaciones que movieron al franciscano a escribir sus elogios, entre los cuales destaca el mito de fundación.

La segunda mitad del siglo XIII corresponde con el momento en el que las oligarquías urbana y eclesiástica, es decir el concejo y el obispado, pretendieron comunicar públicamente, por motivos políticos, el carácter ilustre de la ciudad y promocionar su honra y su fama, demostrando que las grandezas de su “patria” se debían al ejercicio de las armas y a la religiosidad de sus ciudadanos. Aunque Juan Gil aparezca muy poco en los documentos relacionados con la urbe, está presente en uno de ellos, fechado en San Esteban de Gormaz el 26 de diciembre de 1278. En este diploma regio, el fraile se nos muestra como consejero del infante Sancho y da a conocer su opinión para que el príncipe dirimiera con justicia un asunto en el que estaban involucrados el concejo y el obispo de Zamora.²⁹ El diploma es una prueba de que el hijo de san Francisco conocía bien los entresijos que movían a los poderes locales por los que abogó en más de una ocasión.

La leyenda de la fundación servía, no cabe duda, al protagonismo

del poder concejil, que estaba entonces ganando terreno a los demás. Sin embargo, también sabemos que Juan Gil respaldó con su talento de escritor el otro brazo del poder local: el poder episcopal. En mayo de 1260, en la iglesia arciprestal de Zamora, se descubrieron fortuitamente las reliquias de san Ildefonso, el ilustre arzobispo visigodo de Toledo.³⁰ Aunque Juan Gil no fuese el promotor directo del hallazgo, fue él quien dio a conocer el portento sirviéndose de su pluma. Para que la publicidad del descubrimiento recayera en la Iglesia de Zamora, el franciscano cuenta al lector cómo la Virgen María había envuelto con un blanco lienzo al santo obispo y lo había recompensado porque el arzobispo le había dedicado una obra en la que se ensalzaba su eterna virginidad.³¹ ¿Pero, por qué se produjo la *inventio* de las reliquias en esa fecha? Para contestar a la pregunta, creemos que hay que ponerla en relación con el “imbroglio zamorano”,³² o sea con el problema de la confusa fundación y segunda restauración de la diócesis numantina.³³

Atilano, el primer obispo de Zamora y gran admirador de Ildefonso, había transcrito, siendo monje en Sahagún, el tratado del santo doctor toledano: *De Virginitate Sanctae Mariae*. Por ello ambos prelados, unidos por una misma escritura, descansan hoy juntos en la iglesia arciprestal de san Pedro y san Ildefonso de Zamora. Pero el indicio de la escritura no es el que mayor relevancia tiene. El segundo elemento, mucho más importante, tiene que ver con el mapa diocesano medieval. Cuando Alfonso III pobló la ciudad, o sea cuando la integró en el marco político-administrativo del reino, el castro asentado sobre el Duero carecía del respaldo de un título canónico de época anterior a la conquista musulmana, que era lo que entonces aportaba legitimación a una sede episcopal. La restauración definitiva del obispado de Zamora tuvo lugar a comienzos del siglo XII, y aunque

estuvo llena de dificultades, otras de índole superior surgieron cuando se trató de integrarla en una provincia eclesiástica.³⁴ Las metrópolis que estaban entonces en pugna por Zamora eran: Braga, Toledo y Compostela en sustitución de Mérida. El asunto candente de la adscripción numantina era tal que solo se resolvería con ocasión del Cisma de Occidente, en 1393-1394. Mientras tanto, a mediados del siglo XIII las discordias seguían en su punto, y aunque Zamora fuese nominalmente sufragánea de Compostela, los metropolitans defraudados seguían sin acatar el hecho consumado. En aquel tiempo, un obispo singularmente hábil y ambicioso capitaneaba la Iglesia zamorana: don Suero Pérez.³⁵

Como antiguo miembro de la corte de Alfonso X, y por los puestos estratégicos que en ella había ocupado, don Suero conocía perfectamente el entramado del juego político-eclesiástico castellano, lo que le movió a jugar ficha personal. Arriesgándolo todo, y aunque a la postre las cosas le salieron mal, es de suponer que tenía idea de declarar exenta a la diócesis numantina, a imitación de lo que habían conseguido en fechas anteriores León y Oviedo. En 1260, la sede de Toledo estaba sin gobernar, y fue cuando el astuto obispo zamorano aprovechó la ocasión para actuar. Para jugar una baza de tan magnas repercusiones, el avisado don Suero precisaba contar con un acontecimiento de lo más relevante, y tal es el motivo de que se descubriesen en aquella fecha las reliquias del toledano Ildefonso en la ciudad de Zamora.

La repercusión del hallazgo fue sonada, y en su propaganda participó Juan Gil. Al poco tiempo del descubrimiento, las cosas se complicaron para el obispo, concretamente cuando las consecuencias de la invención salieron del marco local. Los beneficios del hallazgo de las reliquias fueron muy breves, y el obispo, el principal promotor

del invento, se vio obligado a dar marcha atrás frente a poderes muy superiores al suyo: la propia monarquía y el primado de las Españas. A don Suero no le quedó más remedio que volver a enterrar al santo difunto y esperar a que la tempestad amainase. Habría que esperar largos siglos para que la discordia se templase entre Zamora y Toledo, y para que las reliquias del santo arzobispo fuesen sacadas de nuevo de la tierra para darlas a contemplar a los fieles.

Como suele ocurrir tan a menudo, la recuperación de la leyenda de la fundación de Zamora a finales del siglo XIII tiene que ver con las necesidades históricas del momento. Una vez más, la historia se vuelve contemporánea, es decir escrita teleológicamente desde el presente. Con frecuencia, el pasado trastocado fue y sigue siendo el principal argumento de la historia y la mejor justificación del presente. El renovado “patriotismo” del concejo y del obispo para recuperar las antiguas grandezas estaba guiado por propósitos pragmáticos relacionados con el renacer urbano, para el primero, con el afán de prosperar en el escalafón eclesiástico y de alcanzar nuevas cotas de autonomía, para el segundo. La labor civilizadora de Numancia se volvió acuciante, había que acudir al mito prestigioso del pasado para acallar los comentarios que los enemigos profesaban contra las ambiciones que tenía la ciudad de Zamora. Una ocasión parecida, jamás volvería a presentarse.

El descubrimiento de los orígenes de la ciudad, diseñado según los modelos tópicos de entonces, fue el mejor de los elementos que se encontró para construir la representación urbana. En cuanto a antigüedad y labor civilizadora se refiere, solo Roma superaba a Zamora-Numancia, que era la auténtica “segunda Roma” hecha a imagen y semejanza de la primera hasta el punto de que, si nos dejamos guiar por la imaginación del autor, casi se podría afirmar

que había conseguido la *traslatio imperii* deseada por todos y concretada desde las riberas del Tíber hacia las del Duero.

La valoración de lo local zamorano en Juan Gil expresaba un sentimiento de patriotismo precoz. Las virtudes y los valores de la tierra de Zamora y de sus gentes eran como un telón de fondo destinado a servir los intereses de las oligarquías urbanas con las que se relacionaba el franciscano. La redacción de la obra de elogios a la urbe, su difusión y su lectura debían ser ejemplarizantes para todos. La narración indicaba las pautas ideales de comportamiento a seguir por los ciudadanos, pero también actuaba como breviario de aleccionamiento dirigido a los gobernantes, tanto los concejiles como los eclesiásticos. Resulta sin embargo difícil conocer, para finales del siglo XIII, cuál fue la difusión que alcanzaron las *laudes civitatis* egidianas. Tomando como punto de partida la repercusión que tuvo el relato que contaba el hallazgo de las reliquias de Ildelfonso,³⁶ podemos suponer que el objetivo político y propagandístico tendente a potenciar la valoración de la ciudad tuvo un éxito notable.³⁷ El elogio que el fraile mendicante dedicó a su cuna era como un acto de gratitud. Para el autor, la ciudad del Duero merecía que se sacasen a la luz sus hazañas pasadas y sus grandes personajes para crear conciencia en el presente y memoria en el futuro.³⁸ Pese a estos elementos, ello no significa que la acción propagandística surtiera efectos materiales inmediatos, si bien es cierto que en el siglo XIV, y en los siglos posteriores, Zamora, como ciudad, fue siempre parte integrante de las Cortes del reino, llegando incluso a representar a Galicia; y puede ser que ello guarde alguna relación, aunque sea indirectamente, con la prosa de Juan Gil.

Se puede obviamente pensar que los temas tratados tan tempranamente en el *Liber de praeconiis civitatis Numantiae* sirvieron de

argumento para solicitar una serie de privilegios que luego tuvieron una traducción concreta en el terreno fiscal y político.³⁹ El *Libro de los elogios a Numancia* es, para el investigador, una muestra de la exposición de los temas y de las inquietudes intelectuales de Juan Gil. Y también es el reflejo de los presupuestos ideológicos de una época, o sea del sistema ético-filosófico que el franciscano supo construir para fines concretos.

3. EN CONCLUSIÓN

En su obra, Juan Gil se esfuerza por reivindicar, ante el devenir histórico incierto, la preeminencia del pasado que era imposible olvidar para enfrentar las dificultades del presente. La identidad urbana de Zamora estaba esencialmente vinculada al mundo clásico, y con su empleo el franciscano manifiesta su empeño por recuperar las sólidas ataduras con la cultura romana. Para Zamora-Numancia, Roma y lo romano constituían la fuente de su tradición y grandeza. El hecho de haber sido fundada poco después de la cabeza del Imperio confería a la ciudad del Duero un derecho inalienable. El estatuto longevo de la urbe hacía que no estuviera sujeta al paso del tiempo y que se situara por encima de la voluntad de los reyes y de las circunstancias históricas.

El mito egidiano de la fundación resume los tres elementos que conformaban la comunidad numantina. El primero de ellos es el derecho de ocupación transmitido biológicamente por la sangre; el segundo es el territorio, entregado a la comunidad en clave trascendente para que lo poblasen sus habitantes; el tercero son las leyes, iniciadas en Roma por Numa y otorgadas a Numancia, alias Zamora, por Pompeyo.

Las loas de Juan Gil son una magnífica prosa de encantamiento mágico y poético. El autor se resiste a admitir que la realidad sea como es, como si la situación del presente fuese el resultado del azar. A ello se debe que los elogios que dirige a Zamora dan fe de la imbricación de la ciudad real con la ciudad imaginada y ponen de relieve la concepción instrumental de su pasado de cara al presente.⁴⁰ Era imprescindible acudir a unas explicaciones que se situaran fuera del orden natural, había que escapar al determinismo material o cronológico. El mito egidiano no tiene que ver con la lógica, pero sí con la mitología. Con él, no se trata de saber lo que fue, sino desear que así fuese.

El mito de fundación que nos presenta el Zamorano es un arma de propaganda con un objetivo muy madurado, consiste en colocar a Zamora en un lugar destacado, hacerla célebre para contribuir a su gloria mediante la exaltación de la Antigüedad numantina. El pasado había sido glorioso, era el acicate para potenciar la urbe que estaba entrando en decadencia. La fundación imaginada fue un recurso útil para restaurar la condición de Zamora en un nuevo contexto y con una nueva significación política.

Ahora bien, la ambición del franciscano no guarda relación con la historia sino que con la voluntad y con la fe. Ello significa que remite a lo sagrado, y por eso el mito de fundación zamorano se ajusta a la teoría clásica de la sacralización de la historia. Las cosas fueron así, no porque existieron como tales, sino porque creemos y anhelamos que así fueron de verdad. Ni Zamora fue nunca Numancia, ni Bellido Dolfos nunca entró ni salió por ninguna de sus puertas...

Notas:

1 ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, Manuel. “Modelos historiográficos e imágenes de la Antigüedad: el cerco de Numancia de Miguel de Cervantes y la historiografía sobre la España Antigua en el siglo XVI”, *Hispania Antiqua*, 21, 1997, pp. 545-570.

2 Cicerón participó de la fama de Escipión con su libro *De Republica* en el que narra, libro VI, el célebre “Sueño de Escipión” para alabar la inteligencia política del héroe guerrero que opta por la República y desecha la tiranía que se le ofrece. De ahí que luego se le diese en Roma el nombre distintivo de *Numantinus* después de haber llevado durante largos años, por herencia, el de *Africanus*. Tanto Cicerón como Polibio eran autores conocidos por Juan Gil, si bien es cierto que seguramente lo fueron, como suele tan a menudo suceder con el franciscano, de segunda mano.

3 FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo. *Memorias históricas de Zamora, su provincia y obispado*. Madrid: Rivadeneyra, 1882-1883 (4 vol.), t. 1, pp. 15-57.

4 FLÓREZ, Enrique. *España Sagrada*. t. XIV, *Iglesias sufragáneas de Mérida*. Madrid: editorial Revista Agustiniana, 2004, p. 389: “En virtud de haber tenido esta ciudad el nombre de Zamora que la dieron los moros, y el de Numancia que la aplicaron los que escribieron después del siglo IX, dieron también a la sede episcopal el título de Numantina y Zamorense, según consta en repetidos documentos”.

5 BURILLO MOZOTA, Francisco. *Los celtiberos. Etnias y estados*. Barcelona: Crítica, 1998, pp. 65-120; GEARY, Patrick J. *Quand les nations refont l'histoire. L'invention des origines médiévales de l'Europe*. París: Aubier-Flammarion, 2004; WULFF, Fernando. *Las esencias patrias. Historiografía e Historia antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*. Barcelona: Crítica, 2003.

6 Remitimos para este tema a la introducción que hace Jenaro Costas a su traducción del libro de Juan Gil, que utilizaremos en adelante para nuestras citas; GIL, Juan. *Alabanzas e historia de Zamora* (traducción y estudio de Jenaro Costas Rodríguez). Zamora: Ayuntamiento de Zamora, 1994 (=AHZ), p. 68: “mientras el resto de las provincias del mundo se rigen por exacciones ordinarias y extraordinarias fijas, la mísera España es atormentada con cargas arbitrarias, permaneciendo siempre a medio consumir para que pueda morir más veces y reservarse para víctima de la consunción”. Para una edición del texto latino, véase la edición que ofrecía FITA, Fidel. “Dos libros (inéditos) de Gil de Zamora”. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Tomo 5, 1884; texto disponible en: http://213.0.4.19/servlet/SirveObras/12504986456704839654657/p0000017.htm#l_24 [consultado en diciembre de 2010].

7 GARCÍA, Charles. “La invención de la identidad de la ciudad de Zamora por el franciscano Juan Gil (siglo XIII)”. JARA FUENTE, José António (coord.), *Ante su identidad. La ciudad hispánica en la baja Edad Media*. Cuenca: Universidad de Castilla la Mancha, 2013, pp.243-262.

8 En la primera parte del capítulo, el Zamorano copia, casi al pie de la letra, el relato del “historiador” Paulo Orosio. Autor del libro *Hystoriarum adversus paganos libri VII* (416-418), Orosio atribuye a Hispania un puesto destacado en la historia. Sobre este personaje, cfr. CASTRO Y CASTRO, Manuel de. “El hispanismo en la obra de Paulo Orosio: *Historiarum*

adversus paganos libri VII”, *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 28, 1954, pp. 193-250.

9 AHZ, p. 47. Quizás esta cita tenga que ver con el mito que cuenta Aristófanes en el *Banquete* de Platón. Podría haber guardado relación de parentesco con Rómulo y Remo, pero el nacimiento de tal niño en 133 a.C. es posterior al de los fundadores de Roma.

10 El ataque va aquí dirigido contra la crónica de Rodrigo Jiménez de Rada, *De rebus Hispaniae* que, y aunque parezca paradójico, resulta ser la principal fuente del Zamorano en el tema numantino, JIMÉNEZ DE RADA, Rodrigo. *Historia de los hechos de España*. J. Fernández Valverde (ed.). Madrid: Alianza Editorial, 1989, cap. XVI, p. 183: “Zamora, de la que se cuenta que recibió su nombre por el siguiente hecho: cuando el rey en persona [Alfonso III] subía a un promontorio para contemplarla, se dice que uno de la escolta que lo precedía con una jabalina encontró una vaca negra, y queriendo apartarla con una voz de las que usan los campesinos, se cuenta que dijo: ‘Ça, mora’, [...] por lo que el rey dio a la ciudad el nombre Zamora”.

11 HAMMER, William. “The Concept of the New or Second Rome in the Middle Ages”, *Speculum*, 19, 1944, pp. 50-62.

12 CASTRO Y CASTRO, Manuel de. “Las ideas políticas y la formación del príncipe en el *De preconiiis Hispanie*”, *Hispania*, 22, 1962, pp. 507-541.

13 Recordemos que Numitor fue el último descendiente por vía directa del troyano Eneas, el ancestro de los romanos. Numitor fue expulsado del trono de Roma por Amulio, su propio hermano, el cual obligó a Rea Silvia, hija de Numitor, a hacerse vestal. Recordemos que Rea Silvia tendría luego a Rómulo y Remo con el dios Marte.

14 PÉREZ DE URBEL, Justo. *Sampiro, su crónica y la monarquía leonesa en el siglo X*. *Chronica Sampiri*. Madrid: CSIC, 1952, redacción silense, p. 305: “Ac trienio peracto, sub era DCCCCXXXVII, vrbes desertas ab antiquitus, populare iussit. Hec sunt Çemora, Septimancas, et Donnas uel omnes Campi Gotorum; Taurum namque dedit ad populandum filio suo Garseano”.

15 JUAN DIÁCONO. *Vita sancti Froilani episcopi Legionensis*. En *España Sagrada*. t. XXXIV, pp. 422-425: “Tandem invitatus ordinatus est [San Froilán] in Legione sede et collegam suum Atilanem in Zamorensem cathedram, diem Sanctum Pentecostem pariter ambo consecrati sunt, honorem succipientes sacerdotalem”; CARRIEDO TEJEDO, Manuel. “Episcopologio zamorense del siglo X”, *Anuario de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo”*, 1999, pp. 347-365; LERA MAÍLLO, José Carlos de. “Los procesos de erección y restauración de la diócesis de Zamora (siglos X-XII)”. En *XI centenario de la fundación de la diócesis de Zamora (901-2001)*. Zamora: Diputación de Zamora, 2002, p. 10.

16 Recordemos que el adjetivo “curioso” es el que se suele emplear para justificar las actuaciones “irracionales” de los hombres de la Edad Media, como si los que lo emplean ignorasen que los conceptos no son atemporales.

17 GIL FERNÁNDEZ, Juan José, MORALEJO, Luis y RUIZ DE LA PEÑA, Juan Ignacio (eds.). *Crónicas asturianas: crónica de Alfonso III (Rotense y “A Sebastián”)*, *crónica Albeldense (y “Profética”)*. Oviedo: Universidad de Oviedo, 1985, p. 132: “Numantia qui nunc uocitatur Zamora”.

18 FLÓREZ, *España Sagrada*, *op. cit.*, 2004, p. 386: “Los que hablaron de Zamora